Diego Lema

PIES DE BARRO

Todo empieza porque tu madre cree que eres el bebé más guapo del mundo. Se traga todas las revistas especializadas, te lleva siempre supermono y, un día, una amiga le habla de un *casting* de bebés para un anuncio. Por supuesto, para ti no significa nada, no eres más que otro niño feliz con el culo al aire, pero entras en el círculo. Tu madre se entera de otras selecciones y acude contigo de punta en blanco. Pasan los años y haces más anuncios, esta vez más dinámicos, de alimentos infantiles. Pero no te limitas a eso. También te utilizan en la promoción de una colección de moda para niños, apareces en algún cartel de un centro comercial, en publicidad de buzoneo y en los catálogos de Navidad de una juguetería.

Vas creciendo y la cosa se pone más difícil. Hay pocas oportunidades, quizá ya no eres tan guapo, ni tan gracioso, ni tan nada. Pero a ti, desde luego, no te importa. Hasta entonces todo es sencillo y no tiene ninguna incidencia en tu vida más que la del madrugón de aquel día o la tarde de tedio de aquel otro.

Sin embargo, tus padres siguen erre que erre buscando alternativas. El niño ya es mayor y es desenvuelto y tiene mucha imaginación, lo hizo muy bien en la función del colegio y empiezan los *castings* en serio.

No obstante, el entusiasmo decae pronto. Hay pocas pruebas y no das el perfil que buscan. No eres alto, ni tienes unos rasgos tan regulares, ni eres rubio, ni estás concentrado y no te cogen. Pero tus padres insisten.

Un día, con doce años, tienes suerte. Estás en un teatro casi a oscuras. La única iluminación es un par de focos muy potentes que te hacen sentir incómodo porque afuera hacía frío y tú venías muy abrigado. Frente ti hay una cámara enorme sobre un trípode y tras ella un operario y una mesa pequeña con tres sillas puestas como en un tribunal. A la izquierda, en penumbra, un hombre anota tu nombre y tus datos de contacto; desde el centro, una mujer dirige las actuaciones; y a su lado, la última silla está vacía, pues el cámara está haciendo los últimos ajustes a la máquina.

Te quitas la cazadora y la tiras al suelo. Respiras. Te sientes mucho mejor. Además, ese día estás de buen humor. Has jugado un partido de fútbol y tu equipo ha ganado dos a tres. Todavía tienes el pelo húmedo porque estás recién duchado. Dos de los goles son tuyos porque eres delantero. Esta vez, no estás nervioso.

La selección es para una serie de televisión, pero en esta ocasión es distinto. No necesitan a un niño con unas características físicas determinadas, no hay enchufados (o eran tan malos que no valían), y pretenden ante todo encontrar a alguien que sea fresco y natural.

La directora del *casting*, se presenta y te hace preguntas sobre ti para que cojas confianza, te arropan porque eres pequeño y hay que tener un poco más de cuidado. Y luego empieza la marcha. Te ponen en situación y tienes que reaccionar improvisando. Imagina que estás en el colegio y el matón de la clase le ha hecho esto a tu amigo y tú vas a hablar con él. Estás nervioso pero decidido a corregir una injusticia, entonces, ¿qué le dices? Y tú empiezas con tu retahíla y ella te pide, «más enfadado, más enfadado», y tú te ajustas y pareciera que estuvieras a punto de pelearte con aquel chico y luego la directora te dice que te relajes, que lo has hecho muy bien. De repente, te quieren ver feliz y que te rías, y luego te dicen que tus padres han muerto para que llores. A ti te cuesta al principio, pero consigues romperte la garganta a carcajadas y, después, ponerte triste y para ello piensas en la muerte más terrible que se pueda imaginar, y en lo solo que te vas a quedar, y acabas llorando como una Magdalena.

La sesión se extiende durante treinta minutos. Te dicen que puedes retirarte y que ya te llamarán, como siempre, pero tú ya sabes la respuesta, estás dentro, lo has visto en sus caras, en lo satisfecha que parecía ella al despedirte, en su mirada fija de ojos abiertos y conmovidos.

Por eso, cuando suena el teléfono una semana después y tu madre se vuelve loca, tú te permites el lujo de tomártelo con calma, que es la mejor manera que sabes de fardar, aunque no puedes ocultar tu rostro radiante porque te hierve la sangre por la excitación del triunfo.

Más tarde, se acerca la hora y es diferente. Los sentimientos se entremezclan y tienes un poco de miedo porque nunca has hecho nada importante y porque ves en los que te rodean que esto lo es, y te presionas porque no quieres cagarla. De hecho, al principio, no se lo dices a tus amigos. Por un lado, porque te da vergüenza y, por otro, porque te da pánico fracasar y que se rían de ti.

Un par de días antes del rodaje te pasan el guión. Te sientes aliviado porque apenas tienes texto y tus padres parecen un tanto decepcionados. Te das cuenta de que no tienes ninguna relevancia en el capítulo, que han puesto a tu personaje para llegar a un público más amplio (ya sabes, en todas las series: los abuelos, los padres y los hijos, uno más mayor y otro pequeño, para que todos los televidentes tengan con quien identificarse y permanezcan atentos a las pantallas).

Te dices que es el capítulo de presentación, que no es significativo. Pero los días siguientes te das cuenta de que sólo formas parte de tramas secundarias muy breves.

No obstante, tras las primeras jornadas de nervios en el plató, cohibido por la cercanía de los grandes actores, días en los que pones toda tu simpatía de tu parte y te das cuenta de que te las apañas bien, observas que tu personaje gusta, se alargan los textos y, meses después, tus tramas acaban a la altura de las de los personajes principales.

Después de todo, desde pequeñito has mamado los escenarios. Estás acostumbrado a que se fijen en ti. No te escondes. Eres extravertido, descarado. Sabes que una sonrisa abre muchas puertas y poner el mohín adecuado en el momento justo. Exprimes tu corta experiencia. Te ayudas con lo poquito que has vivido y, cuando no, le echas morro y aprendes en la pantalla, como cuando besas a una chica por primera vez, una niña preciosa que te han puesto como novia.

El equipo se da cuenta de todo eso y tus compañeros te adoran. Todos tienen paciencia cuando te equivocas y los más veteranos te regalan consejos que tú aprovechas. Has conseguido su respeto y su cariño, y eso te pone las cosas más fáciles. De ese modo, aunque el guión sea cada vez más exigente y tu trabajo más duro, estás contento y en los rodajes te sientes como en familia.

Pasan dos años y la serie, ya consolidada, aumenta su éxito. Entonces llegan las entrevistas y las galas y los premios de la televisión. Por supuesto, tú asistes con todo el elenco. Te visten para la ocasión y llega la locura cuando atraviesas el *photocall* o cuando cruzas la alfombra (no siempre roja) para acceder al cine o al teatro donde se va a estrenar el capítulo inicial de la siguiente temporada con el objeto de promocionarla. Entonces, destellan los *flashes*, estallan los aplausos y los *fans* vitorean.

Las primeras veces llegáis en grupo y tú te la pasas alucinando con el lío que se monta, incluso te da poco de miedo, aunque pronto te acostumbras y es muy divertido. Lo vives con todos como uno más. Pero las siguientes convocatorias todo cambia. Con quince o dieciséis años te das cuenta de que hay gente que sólo ha ido por ti, que lleva

toda la tarde esperando para coger un buen sitio deseando que la saludes. Y ves a las adolescentes locas con tu foto (vuelves a ser ese niño guapo) y entonces sí que lo flipas.

Si antes los tíos te tenían pelusa en el instituto, ahora no te pueden ni ver. Da igual lo que hagas, para ellos eres un mierda con suerte y un orgulloso. Y es verdad que a ti se te sube un poco. Es normal, las tías tienen curiosidad y ligas más, pero es un jaleo. Por eso, cada vez te gusta menos salir con tus amigos del instituto porque, cuando estáis en la bolera y tú estás agobiado y te vas a dar una vuelta con una amiga sin más intención que la de charlar un rato, enseguida se presenta su novio y se te encara. Se piensa que se la vas a quitar o algo así y estáis a punto de llegar a las manos.

En general, cada vez te interesan menos los estudios. Ahora, la serie se graba en verano para no interferir demasiado en tu formación. Además, las temporadas (una por año como máximo) son más cortas al objeto de no quemarla. Pero, quieras o no, afecta a tu rendimiento y deseas dedicarte al oficio de actor toda tu vida.

Te haces mayor y cada vez te gusta más la noche. Te dejas llevar y quieres aprovecharte de tu ventaja. No se trata ya sólo de presumir delante de las chicas. Quieres disfrutar de la vida y, ¿por qué no?, también te apetece darle en las narices a quienes durante tantos años te han estado calentado la oreja con lo de que eres un soberbio. Has ganado mucha pasta y deberías poder permitirte algún capricho. Sin embargo, todavía no eres mayor de edad y chocas con tus padres. Han abierto una cuenta de ahorro donde ingresan la mayor parte de tus ingresos para cuando te corresponda administrarlos, pero apenas te pasan dinero para el día a día, para tus fiestas. Crees que es ahora cuando lo necesitas y te pillas un buen rebote, porque con el dinero de tu trabajo os habéis cambiado de casa, y tus padres se han comprado muchas cosas, incluso un coche, y ahora te andan racaneando. No olvidas los madrugones, los sacrificios que hicieron para darte a conocer, pero estás lo bastante crecido para saber que no es verdad que lo hicieran sólo por ti como insisten en repetirte. Eran ellos quienes desde el principio deseaban que triunfaras, quienes te llevaban y te traían a su antojo aun cuando no te apetecía. En los últimos años, han tenido oportunidades de sobra de alimentarse de tu fama, de vampirizar tu éxito. No les debes nada.

Estás harto de las restricciones, de las advertencias y de las discusiones continuas. Cuando por fin cumples los dieciocho, tomas posesión de tus ahorros, alquilas un piso y te vas a vivir solo.

Entonces empieza el descontrol. Has terminado el instituto (tus padres te obligaron) pero ya no quieres estudiar más. Te dices a ti mismo que algún día te inscribirás en una

escuela de arte dramático para perfeccionar tu formación actoral, pero no lo haces. Te ves sobrado y te dedicas a gozar de tu vida de crápula.

Todo te va bien hasta que un día sucede lo impensable. Os reúnen a todos los actores en plató y os comunican que ésa va a ser la última temporada. No se trata de que la serie no tenga audiencia. Los datos del último año no eran tan espectaculares como los de los anteriores, pero seguían siendo muy apreciables. Se trata de que a los guionistas ya no les queda carrete.

De repente, notas como un mareo, aunque resistes en pie. Todos os miráis con emoción porque han sido muchos años de camaradería. Os prometéis que vais a disfrutar al máximo los escasos capítulos que quedan por rodar. Pero en tu interior se ha roto algo y la fiesta tras la última grabación te deja un regusto amargo.

Los días posteriores te sientes como huérfano, como si un terremoto o un huracán hubieran destruido tu hogar. No obstante, sigues siendo fuerte y miras al futuro con optimismo. Tienes tu público. Tomas perspectiva sobre tu situación y te das cuenta de que, en realidad, tu carrera se abre a nuevas oportunidades. Incluso oyes hablar de que los productores están estudiando la posibilidad de realizar una *spin-off* con algunos de los personajes entre los que tú te encuentras, pero el proyecto no llega a término.

Pasas mucho tiempo en casa esperando a que suene el teléfono. Las noches ya no saben tan bien como antes. Te planteas que debes adoptar una actitud más activa y te das cuenta de que no sabes buscarte nada porque siempre has estado arropado por otros. Eran tus padres quienes negociaban. No has hecho muchos contactos.

Casi sin querer, vuelves a la productora a preguntar si tienen algo para ti. En el pasado, te habían llegado a recibir, junto a tus padres, en el despacho del dueño; ahora, sin embargo, estás frente a una administrativa que consulta el ordenador, toma nota de tus datos y te despide diciéndote que cuando surja un papel se pondrán en contacto contigo.

Todavía conservas la relación con algunos de los actores del elenco. Hiciste muy buenas migas con el que interpretaba a tu hermano mayor. Os tomáis un café rememorando anécdotas de los rodajes y, después, le pides ayuda. Te contesta que no hay mucho movimiento (él sigue de gira representando la misma obra teatral que había compatibilizado con su trabajo en la serie la última temporada) y te cuenta un rollo sobre la crisis del sector. No obstante, termina por consultar la agenda de su móvil y te da un número de teléfono.

Eso te anima mucho. Te ha dicho que cree que buscan a alguien de tu edad para hacer un secundario en una *peli*. Llamas al tipo, nombras a tu amigo y quedáis para dentro de dos días.

Acudes a la cita muy ilusionado. El director de *casting* parece sorprendido al verte. Estás nervioso y, mientras hablas, vuelcas el café en un aspaviento. Tienes un mal presentimiento. Habláis de tu amigo y de lo bien que lo pasabais en la serie y, luego, le planteas tu caso. Él contesta que no están buscando a nadie, que el reparto está completo y a ti te extraña por la información que te habían dado, pero no insistes porque sabes que uno de los dos te ha mentido.

Más tarde, llegan otros teléfonos y tú acudes a todas las citas, cada vez con menos ilusión y con más ansiedad, y todas las reuniones tienen idéntico resultado.

Continúas igual hasta que, por fin, alguien tan cruel como sincero te da el mazazo. No les interesas porque estás encasillado, porque para todo el mundo sigues siendo el chaval de aquella serie de éxito, porque no creen que puedas despegarte de tu personaje. Te dice que nadie en su sano juicio te contrataría, te recomienda que te dediques a formarte y que no intentes regresar hasta pasados unos años, cuando todos te hayan olvidado.

Vuelves a tu casa cabizbajo. Te ha dado por pensar en el genial Antonio Ferrandis, a quien le tocó ser durante el resto de su vida el puto Chanquete a pesar de su amplia filmografía.

Te planteas desaparecer y recuperar tu vida normal, pero pronto llegas a la conclusión de que no podrías soportarlo.

Sigues en tus trece y te presentas a todos los *castings* que van apareciendo como cualquier anónimo. El dinero se te está acabando y, cada vez, estás más desesperado.

Un día, suena el teléfono a las once de la mañana. Te despierta porque todavía estás acostado recuperándote de la juerga de la noche anterior. Cada vez te prodigas menos para ahorrar un poco, pero es ahora cuando más necesitas distraerte de modo que exprimes esas noches al máximo.

Quieren contratarte para una *sitcom* que van a emitir en un canal de reciente creación. No das crédito a lo que estás oyendo. Te has incorporado con brusquedad y te da punzadas la cabeza. Es tal el subidón de adrenalina y la emoción que te tiembla la voz y apenas eres capaz de articular palabra. Pagan poco, nunca tendrá la difusión de los grandes canales nacionales e interpretas a uno de los seis personajes principales.

Aunque no tienes más detalles, lo ves muy claro y, tras colgar, te pones a dar saltos sobre la cama como un poseso.

Cuando te llega el guión y lo lees, no puedes evitar sentirte decepcionado. Las secuencias no tienen ritmo y los *gags* son flojos. No obstante, confías en la ilusión de un reparto compuesto por actores desconocidos para el gran público (de todos ellos, tú eres sin duda el más famoso) y, por supuesto, en tu propia capacidad de levantar las escenas y los chistes que te correspondan.

La serie dura tres semanas en antena. Los resultados de audiencia son tan pobres que la emisora decide retirarla. No obstante, cobras tu contrato, lo que te da para ir tirando. Además, durante el rodaje has conocido a una chica bonita, una maquilladora, con la que mantienes una relación muy especial.

Sin embargo, sabes que ahora lo tienes más difícil que nunca porque, aparte del sambenito, tienes un fracaso reciente a tus espaldas. Todas las puertas están cerradas hasta que un día te encuentras con un productor muy peculiar que te hace una oferta desconcertante. El precio que te pide es muy alto y, en ese momento, estás a punto de despedirte de él pegándole un puñetazo, pero te contienes y, más tarde, empiezas a darle vueltas a su proposición. Estás tan desesperado que, en un par de días, lo llamas para aceptar.

Has dejado atrás a la mujer de tu vida, pero te vienes arriba muy pronto porque empiezas una serie nueva con un gran presupuesto.

No obstante, a pesar de la gran inversión, esta vez tampoco hay suerte y pronto la retiran de la programación.

Lo has perdido todo y vuelves a estar solo.

Los días pasan muy despacio.

Cada vez te invitan a menos fiestas pero tú, en la medida de lo posible, mantienes una vida un poco loca porque, al fin y al cabo, es lo único que te queda. No obstante, no puedes seguir el ritmo porque vuelves a estar a dos velas.

Ya no tienes ánimo para enfrentarte a una selección de reparto, porque en la profesión todos te conocen y no soportas contemplar tu fracaso reflejado en sus ojos. Así pues, te conformas con bombardear a diario con correos electrónicos a compañías, productoras y canales de televisión hasta que, unos meses después, se obra el milagro.

Acudes a la convocatoria de una cadena de televisión. Te proponen participar en un *reality*. No tienes tiempo para decidirte. Es ahora o nunca. Se trata de una de tantas secuelas del prolífico *Big Brother*. En este caso, los habitantes de la casa son una

colección variopinta de famosos de baja estofa. Tú ni siquiera eres uno de los *frikis* en los que habían pensado de inicio, pero les ha fallado el primer plato y alguien les ha hablado de ti. Eres un saldo.

La idea no te seduce, pero puedes llegar a ganar mucha pasta y no van a tener problemas en hacerte un adelanto de modo que aceptas.

Grabas los preliminares para la primera gala y preparas el equipaje. No sabes lo que te espera pero crees que, si lo haces bien, aparte del dinero, podrías conseguir las simpatías del público y mejorar tus expectativas para volver al candelero.

En el *reality* todo sale mal. No estás preparado para enfrentarte a aquella panda de provocadores profesionales y las pasas putas. Caes en la trampa de una zorra, un imbécil consigue sacarte de tus casillas y tu imagen se degrada todavía más. Eres el cuarto expulsado.

Como has permanecido poco tiempo en la casa, no has ganado mucho dinero. No obstante, el grifo sigue abierto gracias a los debates y a las entrevistas posteriores, a los que tienes que acudir por contrato. Empiezas a conocer a mucha gente del mundo del corazón.

Pronto se acabará el programa. Alguien te aconseja que aproveches el tirón y te proponen un montaje. No te lo puedes creer. Te dan un montón de pelas. Tienes que cogerlo.

Apareces en las portadas de la prensa del corazón, los reporteros te persiguen y las vacas sagradas del chismorreo te quieren en sus programas. Estás abrumado. Otra vez tienes dinero. En los últimos meses te ha ido muy bien, así que te pillas un alquiler mejor, algunos caprichos para estar más presentable y un buen coche.

Pero tu estrella se apaga de improviso. Una exclusiva en una de las revistas de los jueves destapa el montaje. Sabes que la persona que te lo propuso tenía relación con ella, aunque por supuesto no estaba en nómina. Tratas de contactar con él pero tiene las llamadas restringidas y entonces comprendes lo que ha pasado.

Intentas defenderte pero todos están en contra tuya. Tienen todo tipo de pruebas y hacen ostentación de ellas como si fueran el producto de una investigación periodística seria. Asumes tu impotencia y procuras asistir a cuantos programas te proponen para despellejarte. Eres consciente de que el viaje está terminando. Te hacen pedazos y, luego, dejan de llamarte.

Pasas unos meses horribles. El dinero que te queda y la noche te salva de la depresión.

Te habías hecho con un representante para que te gestionara los contratos con las productoras de programas del corazón. Ya no hay nada para ti en ese ámbito, casi has desaparecido, pero cree que todavía puede conseguirte algo.

Firmas la presentación de algunos concursos de *call tv* que se proyectan en espacios marginales de canales de televenta y, también, consigue algún contrato con discotecas y *pubs*, a los que acudes como reclamo para una celebración.

Más tarde, cuando los beneficios que te reportan las gestiones de tu representante son tan exiguos que son inferiores a sus honorarios, te ves obligado a prescindir de él.

Buscas un alquiler más barato y acabas en un barrio chungo. Dentro de muy poco estarás sin una perra, así que acudes a la oficina de empleo, te inscribes y empiezas a buscar trabajo. Estás dispuesto a trabajar de lo que te salga porque no sabes hacer nada de nada.

Ya no acudes a ninguna fiesta, pero cada noche bajas al bar y bebes para olvidarte de que eres una mierda. Aun así, de vez en cuando, triunfas con alguna tía que se te acerca para preguntarte si eres tú el mismo chico que apareció en la tele hace un año por un asunto de faldas. Entonces recompones tu figura (estabas demasiado reclinado en la barra, ahora te levantas del taburete y sacas pecho) y le contestas que sí, que eres él. Entonces sonríe y parece un poco azorada como si le hubieran presentado a alguien importante y ves ese brillo en sus ojos y tú te empiezas a emocionar, pero el encanto se rompe cuando te pregunta qué haces ahora. Y tú te tragas el sapo que se te ha metido en la garganta y le ocultas que estás a dos velas y le dices que tienes varios proyectos, esto y lo otro, la envuelves con tu labia y, después de las copas, le dices que mejor en su casa (ya no tienes coche y no quieres que vea tu piso) y la desvistes y le dices que en la próxima serie quizá haya un hueco para ella y le pides que te la chupe.